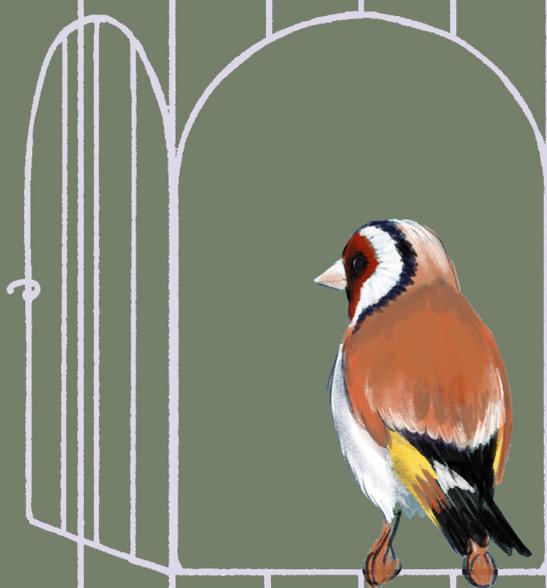


# Iris Wolff

## Claros de luz



AdN

# **Iris Wolff**

## Claros de luz

Traducido del alemán por Belén Santana

**AdN**

Título original: *Lichtungen*

La traducción de esta obra se ha subvencionado con una ayuda del  
Goethe-Institut



Primera edición: 2025

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2024 Klett-Cotta - J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger GmbH, Stuttgart/  
Germany

Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con Gaeb & Eggers Literary Agency

© de la traducción: Belén Santana, 2025

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-10138-94-0

Depósito legal: M-4961-2025

Printed in Spain

*Para mi madre y para Mane*



Sas pe thai nas pe



# Nueve

---

El ferri iba dejando un rastro de espuma tras de sí. Una estela blanca en mitad del azul que tardó un largo rato en desdibujarse. Olor a gasóleo, anuncios por megafonía que sonaban entrecortados. El viento soplaba con tanta fuerza que los pasajeros se podían apoyar contra él con las camisetas infladas, los pantalones ondeantes y un estruendo en los oídos, en la cabeza, en el cuerpo. Minutos después, ya en el interior del ferri, aún se percibía ese fragor, una réplica, un eco, y Lev se acordó al instante del particular zumbido de las hojas de sierra en su vaivén, de cómo el suelo, de pronto, se tranquilizaba, y las partículas de serrín que flotaban sobre la máquina iban cayendo lentamente, con un ligero retardo, desconcertadas, sorprendidas por la fuerza de la gravedad.

El aparato de aire acondicionado expulsaba un chorro frío que alcanzaba las manos y los tobillos, también los papeles, las piedras y las conchas que llevaban en los bolsillos, como objetos arrojados por el mar. Kato se puso la bufanda alrededor del cuello y encogió las piernas. Lev jugueteaba con una piña; procedía del árbol a cuya sombra habían comido a mediodía. A base de trazos rápidos, tentativos, Kato hizo un esbozo de la niña del asiento de enfrente, que se había quedado dormida. Había ido documentando cada día del viaje, captando escenas observadas o vividas por ambos y, en ocasiones, también a él:

un hombre con una barba inusualmente larga leyendo en un café, esperando junto a un quiosco de periódicos, apoyado en el coche, consultando el plano de alguna ciudad.

Lev buscó la mirada de Kato, pero estaba atrapada entre la niña y el cuaderno de dibujo. El carboncillo iba tiznando el papel, los dedos y la base de la mano. Kato pasaba las hojas y volvía a empezar. Era imposible sacarla de su ensimismamiento.

A los pies del pino, él le había revelado que debía regresar.

Kato no se mostró enfadada ni sorprendida, sino que reaccionó con mucha calma, como si supiera desde hacía tiempo que él andaba preocupado. Puede que ella también deseara volver a su rutina, a su vida anterior, solo que ¿en qué ciudad, en qué país? Para él, aquel viaje había supuesto un punto de partida; para ella, una especie de tránsito, quizás hacia un último destino. Pese a avanzar en sentidos opuestos, se habían reencontrado.

Llevaban seis semanas viajando; primero de Zúrich a París, luego a Nantes, a Montpellier y, después, a lo largo de la costa en dirección este. Se habían dejado llevar; de vez en cuando, cada uno iba por su lado: sus ocurrencias y sus cambios de humor no requerían de muchas palabras. No en vano se conocían demasiado bien; no en vano, habían pasado demasiado tiempo separados. Visitaron ciudades y pueblos, salieron de excursión y fueron a nadar mientras, a medida que se acercaba el otoño, las playas se vaciaban de gente, como si el tiempo ya no existiera y solo quedara ese espacio infinito formado por calles que se abría ante ellos. De hecho, así fue durante una etapa; Lev estaba en lo cierto: apenas una finísima capa separaba el ayer del mañana. Pero, en un momento dado, él empezó a pensar cada vez más en su casa; sentía una mezcla de desazón y nostalgia que lo reclamaba de vuelta, pero no dijo nada, prefirió esperar el momento oportuno, ese que nunca llegó.

—Uno siempre debe estar listo para marcharse —dijo Kato sin levantar la vista del cuaderno.

—¿También cuando acaba de llegar?

—Entonces, con más razón.

Kato guardó los bocetos de la niña en una carpeta.

Durante el viaje apenas había trabajado. Solo en París logró pintar un cuadro en el suelo, junto al Louvre, para quienes no pudieran ver de cerca a la auténtica Mona Lisa.

Al otro lado de la ventanilla se aproximaba la costa, el puerto, los rompeolas, los barcos, el paseo jalonado de palmeras. Edificios altos de muchos colores, con centenares de ojos y contraventanas. Las farolas se encendieron, y las colinas quedaron cubiertas por una capa de luz trémula. En tierra parecía soplar un fuerte viento.

De repente, todo se precipitó.

—Me voy contigo —dijo Kato.

Lev, que estaba guardando la botella de agua y la piña en la bolsa de viaje, contuvo la respiración. Su propia reacción lo pilló tan de sorpresa que casi se olvida de tomar aire. Kato lo miró con gesto divertido y un poco burlón. El nerviosismo se apoderó del interior del ferri. Los pasajeros empezaron a recoger sus cosas y se arremolinaron cerca de las distintas salidas. Se oyó el traqueteo de la persiana del quiosco al bajar. Despertaron a la niña, que se dirigió hacia la escalera de la mano de su madre; su sonrisa rozó suavemente a Kato.

—Entonces, ¿volvemos juntos? —preguntó Lev cuando llegaron al Land Rover que estaba en el aparcamiento. Quería asegurarse, pero había necesitado todo ese rato para recuperar el habla.

No se quería alegrar antes de tiempo.

No quería volver a perderla.

—Sí —respondió Kato. Solo eso: «Sí».

A él eso le valió, por el momento.